

á creer que los liberales comenzaron el ataque, no por la puerilidad de celebrar el recuerdo del triunfo de Puebla, sino por fatigar á los sitiados, y buscando la parte débil de su línea. Sea lo que fuere, despues de tres horas de fuego todo quedó en silencio, sin que ni unos ni otros obtuvieran ventaja alguna.

Desde la fecha últimamente mencionada no volvió á haber nada sério. Solo los proyectiles huecos de los sitiadores reventaban constantemente sobre la ciudad, destruyendo sus edificios y matando á los habitantes pacíficos.

La desesperacion de estos era terrible. El hambre era inminente, el dinero habia desaparecido, las esacciones y las violencias de los gefes imperiales no tenian medida, como inspiradas por el despecho, y sobre todo este cuadro la muerte cirniéndose constantemente bajo mil formas, y por único porvenir todos los horrores de un asalto.

Las tropas sitiadas habian perdido su moral: hasta donde era posible en una ciudad cerrada, los soldados desertaban frecuentemente, y muchas veces se vió desprenderse un ginete de la línea de los imperiales y avanzar con rapidez hácia los liberales, perseguido por las balas de los suyos. Los oficiales extranjeros murmuraban sin reserva alguna, y algunos oficiales superiores fueron destituidos y reducidos á prision por desconfiarse de ellos.

Solo Maximiliano estaba sereno en medio de aquel lúgubre cuadro: si muchos de sus generales afectaban la excitacion febril de un valor inútil, el archiduque, tranquilo y digno, veía con su altiva impasibilidad llegar el dia terrible de su caida.

En los nueve dias siguientes al ataque del 5, los gefes de los sitiados meditaban tan solo encontrar un medio de salir

de aquella situacion. Consejos de guerra, informes, planes, discusiones acaloradas, todo fué inútil.

La idea dominante era romper el sitio y salir: con tal objeto se construyeron siete puentes de madera para arrojarlos sobre las paralelas y atacar durante la noche la línea de circunvalacion por distintos puntos.

Para guarnecer préviamente la plaza y asegurarse así una retirada en caso de un desastre, Mejía convocó al pueblo de Querétaro llamándolo á las armas; pero apesar de la miseria y de la falta de trabajo, solo pudo reunir doscientos hombres.

En fin, los dos generales de los cuerpos de ejército de infantería y de caballería y el gefe de Estado Mayor, dirigieron al soberano una esposicion fechada el dia 14 de Mayo de 1867, en la cual, en medio de un estilo pomposo y hueco, que traiciona la pluma que lo redactó, se revela la verdad que mas agoviaba á todos, que la plaza estaba perdida. Y en medio de las graves acusaciones que allí se dirigian á Márquez, y apesar de la rimbombante enumeracion de los triunfos de los sitiados, venian concluyendo los signatarios con proponer á Maximiliano que se atacase desde luego al enemigo hasta derrotarlo completamente, veniéndolo en todos los puntos de su línea; pero que si los imperiales eran rechazados se evacuase inmediatamente la plaza, inutilizando la artillería y los trenes, rompiendo despues el sitio á todo trance.

En este documento sorprende que se haya intentado mentir con tal descaro al soberano: para un boletin impreso que levantara la moral de la tropa aquel informe no tenia precio; pero como la respuesta franca y leal á la consulta que les pedia el emperador ese documento es incalificable. No puedo detenerme en rectificarlo línea á línea, pero para probar lo que valia me basta anotar que en él se aseguraba que el ataque del dia 3 de Mayo se suspendió, cuando se iba

ya á triunfar, por haberse tenido noticias de la llegada de Márquez con el ejército auxiliar. . . . . ¡Con razon sucumbió el imperio de una manera tan lamentable!

Despues de la junta de guerra quedó dispuesta definitivamente la salida para la madrugada del dia 15. Los mismos preparativos que se habian hecho los dias anteriores con igual objeto, tuvieron lugar en la noche del 14. La artillería se retiró de las trincheras y se concentró en la Plaza de armas y en la espalda del convento de San Francisco. Despues de una agitacion inusitada en las primas horas de aquella noche terrible, todo quedó en silencio.

He llegado á la época de esta historia mas difícil de describir. Sobre esa noche luctuosa pesa una sombra densa en la cual se lee escrita la palabra "traicion" con signos de fuego.

Si dejara que guiara mi mano solo la pasion ó el sentimiento, mi pluma correria fácil é inspirada, y llenaria páginas enteras palpitantes de interés, que pasarian á la posteridad, no por su mérito intrínseco sino por los hechos que enarrara. ¡Se me han hecho tan graves revelaciones! Pero no tengo fé en ellas, y no puedo elevarlas al rango de autenticidad que necesitan para ingresar á la historia. Nosotros los contemporáneos y testigos presenciales de aquellos sucesos, tenemos que limitarnos á decir solo la verdad para no falsear el juicio del futuro. Narraré, pues, muy poco; pero lo que asiente será lo cierto.

Al principio de esa noche, López salió de la plaza y tuvo con Escobedo la entrevista que habia solicitado por intermedio de un abogado liberal de Querétaro, cuyo nombre no estoy autorizado á revelar.

¿Qué pasó en esa conferencia? Las versiones son muchas y ninguna me satisface por el interés que revela su origen. Lo mas probable parece ser que el enviado dijo ir con autorizacion del emperador: falta que se exhiba la credencial;

pero así lo aseguran todos los escritores que han tratado esta materia. Los demás detalles los omito porque todos han visto ya la luz pública, aunque son contradictorios entre sí los que han vertido los escritores adictos á Maximiliano y los partidarios de la República. López volvió á la plaza acompañado de un oficial de los liberales, disfrazado, é inmediatamente se dirigió al alojamiento de Maximiliano. Al salir de allí, el oficial republicano tornó al campo de los sitiadores.

Luego se dió contra-órden para que no tuviera lugar la salida proyectada.

A las dos y media de la mañana penetraron algunos oficiales liberales al Panteon de la Cruz y con ellos el batallon de Supremos Poderes. El general Velez mandaba aquellas fuerzas. Sin que se tirara un solo tiro fué ocupado todo el convento, y las tropas imperialistas que en él habia fueron desarmadas y hechas prisioneras.

Alguno avisó á Maximiliano que el enemigo estaba dentro del punto. Se vistió tranquilamente aunque con alguna rapidez, se aseó la boca, se peinó, y mandó que despertaran al gefe de su Estado Mayor y á su secretario. Cuando todos estos estuvieron reunidos, salieron á la plaza.

Maximiliano pasó con su comitiva enmedio de las fuerzas liberales sin ser detenido. Atravesó á pié las calles altas de la ciudad, cruzó la plaza de San Francisco, las calles del Cinco de Mayo y San Felipe, y se dirigió al fin al cerro de las Campanas.

Hasta entónces todo se habia ejecutado enmedio de un silencio profundo. Pero pronto comenzó el tiroteo dentro de la ciudad misma. La fuerza que ocupaba á San Francisco victoreó á la libertad, y comenzó á descargar sus fusiles contra cuantos transitaban por la plaza.

Todo era confusion y desórden.

Un oficial del piquete de húsares, acompañado de un

grupo de liberales, á los cuales acababa de unirse, hizo fuego sobre Miramon que venia á pié por la calle de la Alhóndiga. Miramon hizo á su vez uso de su pistola, hasta que cayó herido de una bala de revólver que le cruzó el carrillo. Pero casi inmediatamente se puso en pié, retrocedió y se dirigió á la casa del médico Licea, para que este lo curara.

Pero el fuego seguia en la torre de San Francisco, hasta que vino á sofocarlo el estampido de los cien cañones que rodeaban á la ciudad y que comenzaron á sostener sus continuos disparos sobre la plaza, apoyando las columnas de asalto que simultáneamente se desprendian de toda la línea.

El espectáculo era magnífico. Se veia á los liberales avanzar bajo una nube de humo y de metralla, estrechando el círculo como si fueran á abrazar á la ciudad dentro de un anillo de acero.

Los disparos de los sitiadores se concentraban sobre el cerro de las Campanas. Allí estaba el emperador en pié rodeado de unos cuantos, y contemplando los restos de la tropa que aun le quedaba. La demás se habia dispersado ó habia sido hecha prisionera.

Consultó con Mejía que estaba á su lado, y viendo que era imposible luchar mas, mandó enarbolar una bandera blanca, tocó parlamento, y se entregó prisionero al general Corona. Momentos despues llegó Escobedo, y Maximiliano le entregó su espada.

El imperio habia concluido.

Maximiliano, sus generales y los gefes y oficiales que habian sido hecho prisioneros, fueron conducidos á la Cruz; estos quedaron hacinados en la Iglesia, al emperador se le instaló provisionalmente en su antiguo alojamiento.

El dia 17 se le instaló en el ex-convento de las Teresitas.

A Miramon se le aprehendió en la casa donde se refugió herido, y hasta que se restableció fué conducido á la cárcel comun.

El dia 19 fué descubierto el general Mendez, dentro de una horadacion perfectamente cubierta: era un refugio preparado con anterioridad. Fué preciso rodear todas las manzanas centrales una á una, y catear minuciosamente las casas para hallar al prófugo.

Leon Ugalde era el encargado de hacer esta requisicion, acompañado de oficiales nativos de la ciudad, por lo que conocian la localidad.

Un sastre raquíto y jorobado fué quien lo denunció: muy pocos dias antes Mendez le habia cruzado la cara de un latigazo. El jorobado, en los momentos de la ocupacion de la plaza, espíó á Mendez y lo siguió hasta verlo entrar á su escondite. Este sin embargo, estaba tan bien practicado, que los oficiales que hacian el cateo se retiraban ya desesperados de encontrarlo, cuando se hundió un pedazo del suelo adonde estaba parado uno de ellos. De la fosa salió Mendez lleno de polvo: traia una blusa de dril blanco y un rifle en la mano: inmediatamente se entregó prisionero sin hacer resistencia.

Algunas horas despues fué fusilado:—"vais á la vanguardia de nosotros," le dijo Maximiliano al despedirse de él.

El dia 21 de Mayo de 1867 previno el gobierno general á Escobedo que se procediese á juzgar á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, á D. Miguel Miramon y á D. Tomás Mejía.

Con tal motivo, los prisioneros fueron conducidos al ex-

convento de Capuchinas, que servia de cuartel al batallon de Nuevo-Leon.

Al estremo de uno de los corredores interiores, al lado Sur del edificio, y en otro pequeño corredor que está tendido sobre el primero, como la rama horizontal de una *T*, hay tres pequeñas celdas que sirvieron de prision á los tres reos.

Las Capuchinas, lo mismo que la mayor parte de las monjas de su órden, tenian la piadosa costumbre de dar á cada una de sus celdas el nombre de algun santo ó santa.—Sobre la pieza que ocupaba Maximiliano estaba escrito: "Santa Rita de Casia," sobre la de Miramon: "Santa Ursula," y sobre la de Mejía: "Santa Teresa."

La celda del emperador era pequeña, y estaba amueblada con las comodidades que eran posibles en una poblacion como Querétaro, adonde el lujo no puede penetrar aún. En el fondo de la pieza y en su parte media estaba un catre de bronce, junto á él una mesa tortuga, sobre la cual habia dos candelabros con bujías de estearina. Algunas sillas, dos sillones de bejuco y un tocador completaban el severo y triste menaje de la prision adonde estaba encerrado aquel emperador tan noble y tan altivo, que jamás creyó descender tanto al abismo de la desgracia humana. ¡Cuánta distancia habia de la pequeña celda del convento de Capuchinas á la escalinata monumental del palacio de Caserta!

Aquí pasó Maximiliano los últimos veintisiete dias de su vida.

Su aspecto siempre fué el mismo: digno, tranquilo, sereno, como si no viera que se acercaba á la tumba. Si hubiera sido posible haber ido á sondear al fondo de su alma, sus dolores, sus pesares y sus mas íntimos pensamientos, hubiera aterrado contemplar el tormento horrible de aquel corazon.

Solo, extrangero entre cuantos lo rodeaban, circuido de

enemigos intransigibles, obligado á hablar un idioma extraño, sin escuchar las armónicas ondulaciones del lenguaje materno, sin que fueran á consolarlo en tan terrible angustia las palabras tiernas y trepidando de halagos de una madre ó una esposa que lo denominaran "*su Max*," la imagen de la emperatriz con su arrogante belleza, vagando en los desiertos salones de Miramar loca de dolor y desesperacion. . . . . ¡pobre príncipe! Su error político lo pagó muy caro: el crimen que cometió contra la autonomía de un pueblo quedó redimido cuando apuró gota á gota aquel lago de hiel. Por eso solo subsisten hoy recuerdos gratos de su memoria.

Maximiliano tenia que permanecer en el lecho; pasada la reaccion que siempre produce la agitacion del peligro y el ardor de la batalla vino el postramiento natural despues de tanta fatiga: estaba ademas gravemente enfermo. Tanto, que los médicos de cabecera promovieron una consulta con los doctores que habia en la ciudad. El que escribe estas líneas fué invitado á concurrir á ella y á dar su parecer: por eso tuve la ocasion de ver frecuentemente al archiduque en su prision.

Y siempre me sorprendió con sus maneras finísimas llenas de dignidad y de nobleza: todo revelaba en él que habia nacido en las gradas de un trono, y que el descendiente de Carlos V no doblegaba su alma ante la desgracia ni ante la misma muerte.

La agitacion que vinieron á causarle los trámites del proceso, lo arrancaron de la indolencia forzosa en que estaba sumido.

Ese proceso lo conocen México y la Europa entera. He llegado á un período de esta historia perfectamente sabido, y del cual nada tengo que revelar. Lo toco á grandes rasgos porque no debo dejar incompleto este pequeño boceto.

Contemplé el vendabal que llegó del viejo mundo á nues-

tras costas, y levantó esa tempestad sombría que envolvió á la República sepultándola como á Herculano y Pompeya en un torrente de lava y de cenizas. ¿Por qué he de desmayar al fin de mi jornada?

Seguiré adelante hasta saludar el sol de la libertad reapareciendo en el horizonte desgarrando las nubes de plomo que lo velaban. Sus rayos iban á alumbrar una tumba reciente y secar de sus bordes las últimas gotas de sangre que habian chorreado del régio cadáver que allí se depositara.

Tambien á ese cadáver debo tributar el último homenaje.

## IV.

La pequeña y humilde celda del convento de Capuchinas era el sitio donde se representaba un drama terrible.

Magnus, Lago, Hoorrickx, Curtopassi y Forest habian llegado á Querétaro llamados por Maximiliano. Con ellos habian venido Riva Palacio y Martinez de la Torre, defensores del archiduque, quienes habian partido para San Luis á solicitar del gobierno la gracia del prisionero. Ortega y Vazquez, patronos tambien del archiduque, permanecieron á su lado para llevar su voz en la defensa frente al consejo de guerra.

Cuando la sumaria estuvo en estado de verse en consejo, éste se reunió, apesar de la cuestion de competencia que promovian los defensores.

Era el dia 13 de Junio de 1867..... siempre el número trece proyectando su fatídico reflejo sobre la vida de Maximiliano.

En la mañana, á las ocho, quedó solo el archiduque en su celda. Sus dos generales habian sido llevados ante el tribunal, y los cuatro abogados los acompañaban.

Aquellas horas de expectativa, durante las cuales se disenta una cuestion de vida, deben haber sido terribles para